

después una cátedra en Perugia; Pio II le había nombrado obispo de Téramo, y el papa Paulo II le envió como representante suyo a la gran dieta de Regensburg, en 1471. Habíase acostumbrado tanto a la vida y modales de la buena sociedad que nadie habría adivinado que había guardado ovejas en su infancia. Murió en 1477.

Escribió también una biografía de su protector el papa Pio II, que más que biografía es un panegírico, y más que una pintura de aquella época, tan importante bajo los puntos de vista literario, político y eclesiástico, es una colección de anécdotas; pero a pesar de esto y de los juicios encontrados del público lector, fué impresa muchas veces. Entre los críticos posteriores citaremos solo a dos: Voigt y Gregorovio; el primero dice que esta biografía está escrita con un arte embelesador, y el segundo opina que es una obra inconexa, sin calor ni naturalidad.

Sea de esto lo que quiera, el autor tenía la mejor opinión de su obra, cosa muy natural sabiendo que había considerado ya como obra maestra otra biografía hecha por él, la de Fortebraccio, que ni siquiera merece ser puesta en parangón con la de Pio II. También manifiesta su afecto al mismo papa en sus cartas, que forman nueve libros, y que muy probablemente no fueron coleccionadas sino después de la muerte del papa. El interés histórico que ofrecen es insignificante, sin contar que muchas de ellas no tienen ni fecha ni el nombre de la persona a la cual fueron dirigidas. Ensalza en gran manera al cardenal Besarion, a quien desea ver sentado en la silla de San Pedro, pero ningún dato ni descripción da de él. También escribió al rey Fernando de Nápoles excitándole a marchar contra los turcos; pero esto no sirve para caracterizar al hombre, pues estas excitaciones eran usuales y en su mayor parte una pura ceremonia. Lo más característico que arrojan sus cartas es su aversión a la vida del campo, que entonces era el ideal de la gente poética; sobre todo, dice Campano, que él como hijo de labradores, se había saciado en su juventud de estas magnificencias, que si a otros dan placer a él le repugnan. Otro rasgo característico es su odio casi pueril a los alemanes, que si era común a todos los italianos, no lo manifestaban tan incorregiblemente como él, porque apenas había alabado a los alemanes y su país en un discurso que dirigió personalmente al emperador, escribió cartas a Italia en las cuales maldecía de los alemanes, y al propio tiempo otras a personajes alemanes elevados, como el príncipe elector de Maguncia, diciendo de nuevo lo contrario. Continuamente importunaba al papa para que le relevase de su cargo y le permitiera regresar a Italia, diciendo que en Alemania no se podía vivir, y gracias si se podía respirar. Se queja de la suciedad, del frío, de la miseria, del vino malo y de la comida horrible; lamenta la desdichada suerte de su nariz, que forzosamente ha de aspirar todos los malos olores, y declara en cambio dichoso su oído porque no entendía nada del alemán.

También en sus poesías (*Carmina*), que forman siete libros, desahoga su odio contra los alemanes, por supuesto no en todas, porque en unas hace alabanzas del papa, de notabilidades literarias de Roma, de la erudición, y sobre todo, del arte poética. En otras se lamenta de su poca suerte, ya a causa de sus exigencias exageradas, ya de la insensibilidad de algún protector o de la miseria de los poetas, diciendo en una de estas poesías: «El pintor vive del precio que saca de su cuadro, el músico del sonido de su instrumento; cada arte mantiene a sus adeptos, solo para el poeta es una desgracia la musa.»

Otro favorecido de Pio II y autor de biografías de papas fué Bartolomé Sacchi, llamado Platina por ser hijo de Piadena, pueblo pequeño, y no por querer asemejarse al nombre

de Platon, como algunos han querido suponer. Era también discípulo del gran Victorino, natural de Feltre, y se trasladó a Roma, bajo la protección del cardenal Gonzaga. Pio II le nombró abreviador; en tiempo de Paulo II cayó en desgracia como luego explicaremos, después fué bien visto del papa Sixto IV y finalmente murió en Roma, el año 1481. El papa últimamente nombrado, que ocupó la silla de San Pedro desde 1471 hasta 1484, dió a Platina el encargo de reunir los documentos y materiales para una historia de los papas y los relativos a su poder temporal. Estos últimos se conservan en manuscrito en la biblioteca Vaticana, pero la historia, que llega hasta el año 1471, ha sido impresa repetidas veces. Es permitido suponer que para esta historia se limitara respecto de los papas más antiguos, a latinizar las crónicas existentes y corrientes en su tiempo, debidas a diferentes autores, salvo alguna que otra fuente original; ajustó a las exigencias de la narración histórica las antiguas leyendas relativas a papas venerados; templó ciertas expresiones demasiado crudas que encontró en sus materiales, como la relativa a un papa que pegó estando ebrio, del cual dijo que «pegó dominado por la ira,» sin renunciar por esto a servirse de expresiones vivas y no siempre ajustadas a la estricta justicia, tanto que su historia de los papas carece en muchos puntos del carácter eclesiástico y adopta el moderno puramente histórico. Esta misma tendencia a entrar francamente en la era nueva, hace que Platina sea mucho más decidido que Biondo tocante a la libertad y necesidad de crear una terminología latina nueva para las cosas que los antiguos no conocían; por esto dice en un pasaje: «Esto no ha de ser mirado como privilegio exclusivo de los antiguos, sino que ha de permitirse también a la época nuestra, ó mejor dicho, a la teología cristiana.» Decimos esto porque Platina era todo menos teólogo cristiano; era con preferencia lo que en aquel tiempo se llamaba *filósofo*, es decir, un hablante elegante que discutía sobre las cosas que entonces formaban el repertorio de la gente ilustrada, y aun escribió cosas ajenas a este cuadro, como su tratado «sobre el recreo honesto ó sea el arte culinario.» Dentro del cuadro usual, en cambio, estaban sus tratados «sobre el bien falso y el verdadero,» «contra el amor,» «sobre la nobleza verdadera» y «sobre el buen ciudadano.» El primero es otra de las innumerables variaciones sobre la preferencia que debe darse a la virtud sobre el vicio ó, como entonces también se decía, la preferencia a la moral de los estoicos sobre la de los epicúreos. No hay que decir que Platina se decide por la primera, como entonces correspondía a la persona que se preciaba de honesta. En su tratado contra el amor, distingue, ante todo, rigurosamente, entre el amor honesto y permitido, ó sea el que tiene por objeto el matrimonio, y el prohibido, que solo busca el goce material, y luego añade a las razones morales que deben hacer huir de este último, razones históricas, ejemplos y casos de personas cuya desgracia ha sido el amor prohibido. En el tercer tratado combate la creencia rutinaria de la superioridad de la nobleza de abolengo, y como verdadero hijo de la era del Renacimiento, se atreve hasta a ir en contra de Aristóteles, oráculo poco menos que sagrado, que dice que la virtud (excelencia, mérito) de los ascendientes es la base de la nobleza. Ni siquiera admite la opinión que pone en boca de uno de los interlocutores de que la riqueza es una condición necesaria de la nobleza, y declara que esta se hermana muy bien con la pobreza. El cuarto tratado no contiene ninguna filosofía política, ni es tampoco un manual del ciudadano, sino una amonestación dirigida a los soberanos para vivir según las reglas de la moral, para dar pruebas de liberalidad, para que elijan buenos consejeros, alejen de su persona los aduladores, etc.

Para apreciar bien la vida y obras de este autor es menes-

ter conocer primero a su adversario poderoso y por tanto muy peligroso, el sucesor de Pio II, el papa Paulo II, el cuarto de la serie que tanta influencia ejerció en el movimiento del renacimiento de las artes y letras. El primero fué Nicolás V, que fomentó tan generosa como activamente el estudio de las letras antiguas; el segundo fué Calixto III, cuya acción fué poco importante; siguió Eneas Silvio ó sea

Pio II, que siendo autor fecundo, tuvo poco tiempo y menos ganas de ser el Mecenas de los demás, y después vino Paulo II, el enemigo de las letras humanas y perseguidor de los humanistas, que cierra la serie. Paulo II hizo prender durante el carnaval del año 1468 a veinte literatos, entre ellos a Platina, que como sus compañeros de infortunio era miembro de una de las muchas academias libres que había en-



Sixto IV nombrando a Platina bibliotecario del Vaticano. — Cuadro de Melozzo da Forli (1438-1494) Roma, Vaticano

tonces. El presidente ó director de la de los literatos presos era Pomponio Leto, y su academia se distinguía de las otras por su organización imitada de la del clero: los simples miembros se llamaban sacerdotes, el director tenía el título de *sumo pontífice* y entre sí se trataban de *santísimo padre*. Al adoptar estos títulos y tratamientos estaban ciertamente muy distantes de burlarse de la Iglesia, y solo hacían lo que hoy se llamaría una muchachada. No podía tolerarse porque siempre era una falta de respeto, pero no merecía el castigo riguroso que recibieron los literatos culpables, pues habría bastado un aviso serio para lo sucesivo. El papa para justifi-

car su proceder acusó a los presos de tendencias gentílicas y de conspiradores políticos, y para hacerlos confesar empleó medios violentos, aunque inútilmente. Los presos se defendieron de la acusación de inmoralidad, y su director, Pomponio Leto, cuya defensa fué encontrada por el alemán Gregorovio, demostró que jamás había hablado mal del papa ni faltado a los usos y mandamientos de la Iglesia, que había confesado y comulgado cada pascua de Resurrección, defendido la inmortalidad del alma y hecho dísticos en honor de los santos. Con esto consiguió su libertad, pero Platina no la obtuvo hasta después de un año. Platina se vengó escribiendo

do una biografía del papa llena de veneno, diciendo que la carrera de mercader habría sido mas propia de él que la dignidad de príncipe de la Iglesia; que á fuerza de adulaciones rastreras habia conseguido la proteccion de Nicolás V y las dignidades eclesiásticas, en fin, que era la personificación del bárbaro mas primitivo y que habia excedido en su pontificado los mas grandes temores de sus contrarios.

Es de creer que Paulo II no fué tan malo como este biógrafo le pintó, pero cierto es tambien que no fué el santo de la devocion de los literatos del Renacimiento. Era natural de Venecia y su nombre verdadero era Pedro Barba. Sus aduladores le hacian descender del romano Enobarbo, lo cual lisonjeó su vanidad, porque del latin sabia tan poco que contestaba en italiano á las alocuciones que se le dirigian, si bien conocia muy bien la antigüedad y en su pontificado hizo grandísimos progresos el Renacimiento, refiriéndose el caso de un cardenal que hacia dar á sus cocineros lecciones de la ética de Aristóteles. Estos progresos sin embargo no eran debidos á la proteccion ni al ejemplo del papa, sino á la fuerza y vigor de las nuevas ideas, á las humanidades y á la nueva corriente, bastante robustas ya para sostenerse y desarrollarse sin auxilio de ningun gobierno. En el pontificado de Paulo II se introdujo en Roma el arte de la imprenta y se reorganizó la universidad de aquella capital, en memoria de lo cual se acuñó una medalla con la leyenda: *Letitia scholastica*; pero se ignora qué parte tuvo el papa en la introduccion de la imprenta, y respecto de la universidad conviene advertir que por lo pronto no dió grandes resultados, y aprovechó tan poco al estudio de las ciencias profanas como al de la teología. Investigaciones recientes y notabilísimas han evidenciado que este papa era conocedor y apasionado de la antigüedad, y lo prueban tambien la restauracion de los arcos triunfales de Tito y de Septimio Severo, la ereccion de los colosos en el monte Cavallo, la de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, y el transporte á la plaza de San Marcos del gran sarcófago de pórfido. Tambien ocupóse como su predecesor en la ereccion del obelisco en la plaza de San Pedro, empresa que realizó el papa Sixto V en 1586.

Otra prueba de su afición á la antigüedad y de su extraordinario conocimiento de aquella época, es su pasion coleccionista y la perseverancia y acierto con que trabajó, ya desde muy joven, en este campo, protegido y apoyado por su tío el papa Eugenio IV. Tenia agentes activos en toda Italia que le auxiliaban en su noble rivalidad con los Médicis, y como siendo despues papa continuó su trabajo con mas eficacia y medios mas poderosos, llegó á reunir una coleccion inmensa cuyo inventario, publicado hace poco, es el asombro de los inteligentes. Este asombro crece al saber que Paulo II era tan profundo conocedor de antigüedades y tenia una memoria tan extraordinaria que le bastaba una simple mirada á cualquiera moneda antigua para saber á quién representa el busto, y de consiguiente, el país y la época en que fué acuñada. Tan asiduo y apasionado era que el pueblo atribuyó su muerte á su profundo saber, diciendo que los espíritus malignos, encerrados en las piedras preciosas de sus sortijas antiguas, le habian ahogado en un momento de libertad.

No es este el lugar de examinar hasta qué punto contribuyó Paulo II al desarrollo de las artes con su actividad de coleccionista; pero lo que merece señalarse es que los artistas no dieron grandes señales de su agradecimiento. El entusiasmo por las artes dominaba tan exclusivamente á este papa que no le permitió extender su proteccion á la literatura, no porque menospreciase las poesías malas y los discursos ampulosos y altisonantes, sino porque no supo conocer que las letras son una potencia intelectual que vale cuan-

do menos tanto como las artes. Por esto la calificación de bárbaro que le dió Platina no era solamente una palabra dictada por el sentimiento de la venganza, sino la expresion del juicio que merecia al historiador.

Sixto IV, de terrible memoria, sucesor de Paulo II, rigió la Iglesia desde 1471 hasta 1481, é influyó mas en la historia política de los Estados de la Iglesia y de Italia que en la literatura y marcha civilizadora del Renacimiento; pero no por esto deja de ocupar un puesto distinguido en la historia de este último movimiento. Muchas cualidades que distinguieron á este papa adquirieron su mayor desarrollo en su sobrino el papa Julio II. Sixto IV elevó el nepotismo á sistema y tanto favoreció á sus fastuosos y ambiciosos sobrinos, los hermanos Pedro y Jerónimo Riario, que despues se hicieron peligrosos para su mismo tío y bienhechor. Dió ancho campo á la simonía y á la venalidad de los empleos, tanto que los mas necios conseguian por dinero los mas importantes, siguiéndose de aquí los perjuicios para el Estado que son de imaginar. Guerreó como un gran capitán y no como un papa, pero consiguió de esta manera restablecer el orden y la tranquilidad en el interior y conquistar respeto é influencia en el exterior. Estas ocupaciones y empresas terrenales no impidieron que Sixto IV desempeñara sus funciones espirituales con dignidad y conviccion profunda, ni que viera con satisfaccion el movimiento literario y fomentara con grandísimo celo las artes. Con la misma dignidad elevada admitia contradiccion y oposicion, y se contentó con sonreír cuando le dijeron que Pablo Toscanella (que nada tenia que ver con el célebre geógrafo y astrónomo Toscanelli) le atacaba á él y á su familia en sus sermones, y resistió á todas las instancias que se le hicieron para que le castigase.

No era Sixto IV, propiamente hablando, un erudito, ni gran conocedor de los autores clásicos, ni tampoco aficionado á los teólogos de la Edad media; por esto fué una impropiedad cuando Venozzo Gazzoli le representó, en un cuadro que menciona Vasari, entre los admiradores y comentaristas de Santo Tomás de Aquino.

No fué espléndido para los escritores, porque pagó á Teodoro Gaza 50 florines de oro por la traduccion de un escrito de Aristóteles, cuando se le habia dado la esperanza de recibir una recompensa régia; pero si no protegió las letras de este modo, les fué mucho mas útil bajo otro concepto, aumentando el archivo y la biblioteca del Vaticano, trasladándola á cuatro salas nuevas y añadiéndole muchos libros que antes no tenia y que compró con la intervencion de sus secretarios, todos personas muy eruditas. Nombró bibliotecarios muy peritos para ordenar y conservar los tesoros viejos y los nuevamente adquiridos, siendo el primero Juan Andrés de Bussi, que ocupó esta plaza desde 1472 hasta 1475, y cuidó de fomentar la nueva imprenta que los alemanes Pannartz y Schweinheim habian establecido en Roma, escribiendo para los libros que publicaban, dedicatorias á los diferentes papas reinantes. En 1475 habian impreso ya 12,475 tomos. Mas adelante entró Platina á ocupar el cargo de bibliotecario y al propio tiempo de archivero, y no le faltó trabajo, porque Sixto IV habia añadido al personal fijo de la biblioteca muchos copistas doctos para los diferentes idiomas, y del mismo modo enriqueció notablemente el archivo con gran número de documentos.

Esta gran solicitud por las letras no constituye, sin embargo, el mérito mayor de este papa, porque ejecutó otras obras mas costosas, mas difíciles y no menos útiles para el pueblo y para el fomento de las artes. En efecto, construyó el puente que lleva su nombre, hizo nivelar y empedrar las calles, costeó la ereccion de nuevas iglesias y la restauracion de las antiguas, y en general no reparó en gastos tratándose de

hermosear la ciudad. Así resume Pontano lo que Sixto IV hizo por su capital; pero generalizando la actividad de este papa, puede decirse con Gregorovio que el mayor brillo de las artes en el siglo xv corresponde al pontificado de Sixto IV; porque no solamente creó grandes obras arquitectónicas por su iniciativa y con el auxilio de su eminente arquitecto Baccio Pontelli, sino que sus fastuosos sobrinos y otros muchos altos dignatarios y particulares, para aprovecharse de la ventaja de adquirir la propiedad de los solares donde se edificara, segun una concesion general que el papa habia publicado, gastaron grandes sumas en obras monumentales y hermosearon á Roma con suntuosas fábricas.

Entre los monumentos debidos á Sixto IV son célebres el gran hospital y la *capilla Sixtina*, tan nombrada por las pinturas de Miguel Angel. El estilo arquitectónico de esta capilla y del hospital, segun opinion del historiador de Roma antes citado, forma la transicion entre el gótico y el clásico, y lo mismo puede decirse de las esculturas. Finalmente se debe á este papa la restauracion de la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Esta veneracion á la antigüedad, este sentimiento artístico y este amor á las artes, unido á un carácter práctico y emprendedor, estuvieron muy distantes de degenerar en entusiasmo ciego, porque no se opuso Sixto IV á que se utilizaran en construcciones nuevas mármoles antiguos.

El movimiento del estudio de las humanidades llegó á su grado máximo y empezó á descender en el pontificado de Sixto IV, segun confiesa en sus memorias ó diario, que escribió desde 1472 hasta 1484, Jacobo de Volterra, secretario del cardenal Jacobo Ammanati y desde 1479 empleado con igual destino por el papa. Dice Volterra en estas memorias «que escribe porque esto le probaba mejor que la ociosidad;» y aunque partidario del papa, es verídico.

Como continuacion de estas memorias pueden servir las del alemán Juan Burkhard, natural de Estrasburgo, que con muchos y grandes claros abarcan el período desde 1483 hasta 1506. Este autor no presenta nada en sus escritos que haga sospechar su origen, á pesar de ser ya entonces la Alsacia un foco de estudios y letras con carácter especial alemán, de donde irradió el movimiento regenerador del Renacimiento al resto de la Alemania. La carrera de este Burkhard fué muy rápida; en 1479 era todavía cura en su ciudad patria y en 1483 le vemos maestro de ceremonias en la corte del Vaticano, en cuyo empleo continuó hasta su muerte, que ocurrió el año 1506. En los veintitres años que pasó en la corte del papa desempeñando las funciones indicadas, llevó nota detallada de todas las ceremonias con la sencilla veracidad del hombre que no pretende hacer una obra literaria, para la cual le faltan estudios y vocacion. Sensible es que no se hayan conservado estos libros de Burkhard en su forma primitiva y original. El original, escrito de puño del mismo Burkhard, se conserva en el archivo del Vaticano, y no se facilita al público acaso por los datos que probablemente contiene respecto del papa Alejandro VI, de su corte, de Lucrecia Borgia y otros personajes, y de cosas que conviene tener reservadas. Lo que tenemos de estos escritos procede de muchas copias manuscritas, mutiladas y defectuosas que se han encontrado en diferentes bibliotecas italianas y extranjeras; pero en ninguna de ellas se encuentra una palabra sobre los personajes citados. Por lo demás, para Burkhard lo principal eran las ceremonias y la etiqueta; lo accesorio eran los sucesos que las originaban. Las faltas mas pequeñas contra la etiqueta y el ceremonial establecido le irritan y le hacen emplear expresiones violentas, inspiradas por la indignacion. Apenas habla de los alemanes que en su tiempo estuvieron en Roma, ni ninguno de ellos habla de él. Burkhard fué uno de los infinitos alemanes que saben olvidar y des-

pojarse radicalmente de sus resabios patrios y de raza con asombrosa rapidez y perfeccion.

Una edicion completa de los diarios originales de Burkhard seria muy conveniente, porque como dice su biógrafo mas moderno, no puede haber cosas peores en los manuscritos originales que las que se encuentran en las copias; y si estas cosas tan fatales son añadidas intercaladas por herejes malévolos, como sostienen los defensores del papado, ¿por qué tarda entonces la curia en deshacer las calumnias y hacer brillar la verdad?

Otro autor que no se cuidó de los arcanos de las humanidades ni de sus doctísimas leyes fué Estéban Infessura, que se propuso escribir la historia de Roma desde fines del siglo xiii hasta fines del xv, pero que en realidad solo describió los sucesos que ocurrieron á fines de este último siglo. Lo interesante de su obra es que el autor no disfrutaba ningun empleo en la curia y pudo de consiguiente escribir con mas libertad y formar juicios independientes, si bien en cambio no pudo estar mejor enterado que los historiadores del papado que le precedieron. Infessura era republicano, y por tanto adversario de los papas; era un ciudadano romano con ideas poco precisas de las magnificencias de la Roma antigua pero sabiendo de ellas lo bastante para ser enemigo de toda clase de tiranos intrusos y especialmente del nepotismo de estos, vicio que como el despotismo habia llegado en su tiempo á su mayor altura.

Infessura y los historiadores de su época y de los primeros decenios del siglo xv, nos hablan principalmente de Inocencio VIII y de Alejandro VI, que gobernaron la Iglesia el primero desde 1484 hasta 1492, y el segundo desde 1492 hasta 1503. Inocencio fué un sér débil y ruin pero calculador, y Alejandro un criminal desenfrenado. Los reinados de estos papas dieron abundantes materiales á los historiadores para pintar los peligros que corrió el pontificado á consecuencia de la extremada codicia de los favoritos y protegidos de los pontífices, de los ambiciosos proyectos de independencia de sus parientes encumbrados por ellos, de las invasiones de ejércitos extranjeros, del comercio infame que hicieron con la Francia, la Turquía y otras naciones, de la venta de las grandes dignidades eclesiásticas, de la era de las epidemias, que no solamente no quedaron limitadas á Roma sino que fueron llevadas á los países mas lejanos por los innumerables peregrinos que acudieron á Roma para tomar parte en el jubileo del año 1500, y de los crímenes horribles y sin nombre que se cometieron en el seno de la familia de uno de los papas nombrados, á saber, de Alejandro VI.

César Borgia era un criminal en grande escala, persona digna de ser estudiada por políticos y filósofos, pero nada tiene que ver con él la historia del Renacimiento, como tampoco con Inocencio ni con el español Alejandro VI, aunque ocupaba cuando le convenia á algun artista. La relacion de César Borgia con Leonardo de Vinci no tuvo, ciertamente, por origen ningun entusiasmo ni conocimiento profundo de las artes. Una mujer contemporánea, que conocia muy bien á César Borgia decia: «Las antigüedades no son su delicia,» (*Non se delecta molto de antiquità*), frase que en el fondo queria decir que en la antigüedad seria donde buscaria distraccion y recreo cuando no tuviera ya otro recurso alguno. En el pontificado de Alejandro VI se empezó la construccion de una universidad y se trasformó el panteon del emperador Adriano en el castillo de Sant-Angelo. Lo primero no prueba que este papa se hubiese propuesto favorecer el estudio de las ciencias y de las letras, pero lo segundo demuestra irrefragablemente, cuando menos, una indiferencia punible para con los restos de la antigüedad. En su pontifi-